

Cierra el Acto el Director de la Escuela de Arquitectura
Joaquín Lorda, un sabio profesor
Miguel A. Alonso del Val

En nombre de la Escuela que tanto amó Joaquín, agradezco el testimonio de todos los que me han precedido en el uso de la palabra, sometidos a unas estrictas reglas de tiempo impuestas para vincular este homenaje a un profesor tan querido, a la Reunión Anual de Alumni de la Universidad de Navarra, un acto que da razón y sentido al ser universitario.

Todos hemos descubierto hoy, además de aspectos ocultos de su figura, que la gran obra del profesor Lorda ha sido la creación de una gran red de personas agradecidas por su sabiduría y su generosidad, sin duda el mejor legado de cualquier profesor. Realmente, ese regalo que nos deja Joaquín es un tesoro para esta Universidad y para esta Escuela de Arquitectura, que fue su pasión y su preocupación. Joaquín amaba apasionadamente la Escuela y también sufría con ella, porque amor y dolor van tantas veces unidos ya que sólo quien ama, sufre.

Ya en el primer año de carrera, en el que coincidimos, Joaquín era una figura en los debates y asambleas del campus en los convulsos años 70. En aquel escenario Joaquín no se callaba ante nada y tenía un criterio ingenioso para todo. Más allá de su opinión, mostrada siempre con respeto pero con gran

vehemencia, él mantuvo una insobornable y constante dedicación a su tarea docente, a sus alumnos y también a sus compañeros. Nada, ninguna circunstancia, ninguna situación, le hizo perder de vista que su gran labor era trabajar y colaborar, formarse y formar en todos los aspectos posibles a sus alumnos, a esa parte fundamental de la comunidad académica que hoy se ve aquí huérfana.

Joaquín ejercía de maestro con total vocación, sin encerrarse en sus muchísimos intereses para los que las veinticuatro horas del día nunca hubieran bastado. Aceptaba siempre nuevos retos, perdía el tiempo con sus alumnos y, de hecho, además del quebranto en lo personal, hemos sentido mucho que la pasión con la que recibió el nuevo grado de Diseño, la oportunidad como él decía, de llenar la Escuela de color y de nuevas formas y de motivos creativos, es una oportunidad perdida para que él fuera protagonista de una docencia renovada en la que, desde el minuto uno, se volcó apasionadamente y donde su huella estará presente aunque su persona no esté hoy con nosotros.

Estoy seguro, por ello, que Joaquín estará disfrutando de una fiesta como la de hoy, una fiesta académica en un formato no estrictamente académico, que permite trasladar una visión barroca con mezcla de dibujos y videos, de testimonios variados, de gentes de aquí y de allá, del otro lado del Atlántico y de este lado. Un ambiente que rememora sus andanzas por arquitecturas, personas, grupos humanos o universidades presentes hoy entre nosotros. Seguro que está gozando al observar estos talleres cubiertos de color, de mixtura barroca y de amor por la historia, y al sentir el entusiasmo de cientos, de miles de alumnos que

descubrieron la arquitectura disfrutando de sus espacios y de sus tradiciones formales a través de los innumerables viajes gráficos, físicos y, ahora, virtuales que protagonizó el profesor Lorda.

Quizá un aspecto que no ha sido todavía tratado y que me gustaría recordar, sirva para dejar testimonio de que Joaquín no fue siempre un venerable historiador. A Joaquín le apasionaba la historia, es cierto, pero en sus primeros años de carrera, era un alumno tan original como vanguardista, y sus proyectos de arquitectura siempre sorprendían por la radicalidad de sus planteamientos y, como todo lo que hacía, lo hacía tan apasionadamente que, puestos a ser modernos, él era más moderno que casi nadie.

Joaquín perteneció a la primera generación de arquitectos que recibió, en nuestra Escuela el aliento de Javier Carvajal. En aquella promoción que se despertó “hablando de arquitectura”, Joaquín era el alumno más brillante, también el más vehemente y contradictorio. Aunque hoy no parezca posible, Joaquín fue un devoto de la modernidad más experimental en sus proyectos siempre al límite y así se comportó en sus primeros años de carrera profesional hasta convertirse, quizá decepcionado por lo chato del mercado y de sus resultados constructivos, en un entusiasta defensor y estudioso de la arquitectura tradicional, especialmente de la clásica y barroca, pero también de la académica y popular.

A pesar de todo mantuvo vínculos con la profesión y siempre dejó constancia de su habilidad como proyectista de piezas arquitectónicas y ornamentales para el altar mayor de las catedrales de Pamplona y San Salvador o las fachadas de palacios qataríes, en

las que utilizaba los últimos medios informáticos con la misma habilidad y destreza con la que dibujaba, a dos manos y en la pizarra, impresionantes secciones fugadas de edificios.

En su retorno a la Escuela y, bajo la dirección del hoy catedrático Carlos Montes, desarrolló una brillantísima tesis sobre Ernst Gombrich que el propio erudito británico definió como lo mejor que se había escrito sobre su persona. Así era nuestro Joaquín: Un hombre sin término medio, un espíritu sin mediocridad. La arquitectura tal vez perdió un gran arquitecto pero la Escuela ganó un sabio y magnífico profesor de historia.

Su espíritu aventurero le empujó también en ese otro gran apartado de su trayectoria que ha sido su mirada transatlántica, la importancia que América y Méjico tuvieron en su formación y en su proyección. En ese sentido, es pertinente recordar aquí cómo, a finales de los años 80, una beca de la *Graham Foundation* del gobierno norteamericano, permitió que dos grandes profesores también desaparecidos, Kenneth Clark de la University of Arizona y José Manuel (Pepe) Mijares de la Universidad Anáhuac de México, me involucraran a mí, y yo embarcara inmediatamente a Joaquín y luego al profesor Otxotorena, en un gran proyecto de investigación y difusión de la influencia de las Leyes de Indias en la arquitectura y el urbanismo colonial de Nueva España, que resultó ser el detonante de la extraordinaria relación que Joaquín Lorda tuvo con el país azteca.

Profesor querido y admirado, aquí y allá, desplegó una infatigable actividad que sin duda afectó a su salud, pero que no le impidió recorrer América fasci-

nado por nuestro pasado barroco común y haciendo, para la Universidad de Navarra, incontables amigos en México y Guatemala, en Arizona y California. Aquellos viajes han sido fuente de su pasión por lo Iberoamericano, una emoción que luego sintió por Japón y por China, y por todo lo que supusiera actualización del conocimiento histórico como fuente de creatividad. Las sistemáticas invasiones de los espacios de la Escuela por los innumerables objetos y publicaciones que atesoraba han dado buena muestra de sus enciclopédicos intereses, de los que debería dejar testimonio futuro un lugar señero del edificio de Arquitectura.

En recuerdo de esa relación, de esa vinculación con lugares y personas, quiero dejar constancia de que el recuerdo de Joaquín no debe ser la evocación más o menos efímera de un Acto de Homenaje o el testimonio fugaz de quienes le conocimos, sino que deseamos que ese legado tenga presencia virtual en la red, difundiendo sus blogs, sus archivos y también sus investigaciones más profundas de un modo que él nunca hizo, entre otras cosas, porque estaba más preocupado por aportar nuevos conocimientos y nuevas didácticas a sus alumnos que en darse valor a sí mismo. Y que tenga también presencia física al preservar su memoria en la Escuela a través del espacio de su “Atelier”, gracias a la generosa colaboración de D. Juan Luis y como recuerdo permanente de la figura de Joaquín.

Por tanto, establecido este inevitable compromiso, después de tantos testimonios de admiración y para no extenderme más, la Escuela quiere dar las gracias a la Universidad de Navarra, representada aquí por su vicerrector D. Pablo Sánchez-Ostiz, por el cariño y el apoyo a este Acto de Homenaje a uno

de sus más queridos profesores; gracias a la familia Lorda Iñarra, representada aquí por D. Juan Luis, que ha sentido la especial vinculación de Joaquín con la Escuela y con sus alumnos. Gracias a la comunidad académica, no solamente la de la Escuela representada por las Profesoras María Antonia Frías y María Angélica Martínez, sino a la comunidad académica trasatlántica, representada por el Profesor Doctor Terán Bonilla, que ha dado sentida muestra de un sincero agradecimiento a quién dedicó tanta pasión y tanta vida a tender puentes ultramarinos.

Y gracias, por supuesto, a los organizadores del acto, nuevamente a María Angélica y a María Antonia, y a Eduardo y a su equipo de Desarrollo, por hacer de esta jornada un día especial que todos recordaremos.

Gracias también a los compañeros y profesores que nos acompañan; a los amigos y colaboradores que asisten a este acto, tanto en la cercanía como en la distancia; pero si ustedes me lo permiten, yo daría las gracias sobre todo a sus alumnos y discípulos.

Gracias a ese intangible, pero visible, vínculo que un profesor sabio y entregado como Joaquín ha logrado crear con tantos alumnos y discípulos que ciertamente construyen la dimensión más importante de la Escuela.

Junto a todas estas muestras de agradecimiento sólo me resta decir, en nombre de la Escuela, gracias Joaquín por tu entrega y gracias a Dios por Joaquín.